

OSCARIANA

FRASES Y FILOSOFÍAS PARA USO DE LOS JÓVENES

ALGUNAS MÁXIMAS PARA LA ENSEÑANZA DE LOS
INDIVIDUOS EDUCADOS EN EXCESO

El Jardín de Epicuro

¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!

NO FICCIÓN

OSCAR WILDE

OSCARIANA

FRASES Y FILOSOFÍAS PARA USO DE LOS JÓVENES

ALGUNAS MÁXIMAS PARA LA ENSEÑANZA DE LOS
INDIVIDUOS EDUCADOS EN EXCESO

Traducción y notas de
CARMEN FRANCI

Prólogo de
LUIS ANTONIO DE VILLENA
Oscar Wilde: elegancia y paradoja

© De la presente edición, Hermida Editores, 2014.
Calle Antonio Alonso Martín 10, 28860 Paracuellos de Jarama, Madrid.
Tel. 916584193
e-mail hermidaeditores@gmail.com
www.hermidaeditores.com

© Prólogo *Oscar Wilde: elegancia y paradoja* de Luis Antonio de Villena, 2014.

© Traducción y notas de Carmen Francí.

Asesor literario de la colección: Jaime Fernández Martín.

ISBN: 978-84-941767-7-7

Depósito legal: M-7541-2014

Impreso en España

Primera edición: marzo de 2014

ÍNDICE

<i>Prólogo de Luis Antonio de Villena</i>	
Oscar Wilde: elegancia y paradoja	11
OSCARIANA	21
ALGUNAS MÁXIMAS PARA LA ENSEÑANZA DE LOS INDIVIDUOS EDUCADOS EN EXCESO	77
FRASES Y FILOSOFÍAS PARA USO DE LOS JÓVENES	81

PRÓLOGO
OSCAR WILDE: ELEGANCIA Y PARADOJA

Oscar Wilde (1854-1900) fue un personaje tremendamente culto y serio que eligió para su representación exterior la frivolidad. Incluso después de 1897, cuando vivía en Francia tras abandonar la prisión de Reading, donde había cumplido dos años de trabajos forzados, de una indecible e inútil crueldad. Incluso ese Wilde, amigo de Frank Harris en París, y rodeado de chicos venales que le querían y a quienes quería, no dejaba de ser un dandi pedigüño, que en una cena (cuenta Harris, que invitaba) ponderaba la belleza de un muchacho hermoso sobre la de la *démi-mondaine* y muy guapa, Liane de Pouggy... Quizás en Oxford —donde estudió con brillantez— o al salir de la Universidad y poner en práctica sus teorías de esteta, aprendidas en otros pero siempre hechas carne propia, Wilde intuyó que la paradoja, la frase brillante e ingeniosa, el retruécano, era parte de su clavel verde, parte de su exquisitez y su extravagancia, teñidas de una homosexualidad prohibida en la Inglaterra victoriana —tan pudibunda— por mucho que se respetara y admirara la Grecia de donde procedía, o donde había hallado altura. En verdad podríamos tomar como una definición del dandismo, el título de estas líneas: Elegancia y paradoja. Es decir una elegancia otra, nunca la elegancia de los comunes. Uno de los maestros de Oscar había sido Walter Pater, profesor de arte, gran estilista y autor de libros hermosos y sugerentes (como *Mario, el epicúreo*) que muy poco tenían que ver con la vida timorata y asustada, con la no-vida, que el sin duda homosexual oculto que era Pater, llevó en Oxford. Así, al enterarse de la muerte de su antiguo

y querido profesor, cuando Wilde oyó: Pater ha muerto, replicó de inmediato: “Ah, pero ¿había vivido?”

Es cierto, Wilde sólo publicó en vida dos colecciones (no muy numerosas) de máximas o aforismos llenos de ingenio, pero basta abrir muchos de sus libros, desde el célebre *Prefacio al Retrato de Dorian Gray* —1891— hasta sus magníficas comedias, especialmente la última, *La importancia de llamarse Ernesto* —título que ya conlleva en inglés dos juegos de palabras— para percatarse de que los personajes de Wilde (desde Lord Henry Wotton hasta Algernon, Jack o Lady Bracknell en *La importancia...*) hablan casi únicamente en frases brillantes y contradictorias de donde surge una verdad más honda que la que se tiene por verdad social, por eso Wilde es hondo sin dejar de parecer impertinente, provocador, *salonnier*. Tomemos una de sus frases, una de mis preferidas: “Hay algo trágico en la gran cantidad de jóvenes que viven en Inglaterra hoy, comienzan su vida con perfiles perfectos y acaban por adoptar alguna profesión útil”. Pertenece a su segunda compilación personal, *Frases y filosofías para uso de los jóvenes* que se publicó en la bella y minoritaria revista de Oxford *The Chameleon* —noviembre de 1894— en la que tenía mucho que ver su amante, “Bosie”, Lord Alfred Douglas, que intentaba defender el uranismo, el platonizante amor por los muchachos. De entrada la máxima (frívola) sólo nos dice que los jóvenes atractivos —“perfiles perfectos”— cuando se hacen mayores pierden esa belleza, claro que para entonces ya son abogados o ingenieros. Pero hay más si intentamos ahondar: la belleza en sí ya es un mundo, por efímero que sea. Y así el joven hermoso no tendría nada que hacer (ni debería hacer nada) sino disfrutar de esa belleza y hacer que lo hagan los otros. En otra frase Wilde escribe: “Si el pobre sólo tuviera perfil, no tendría dificultad en resolver el problema de la pobreza”. Hay que unirlos. El pobre guapo puede vivir de su belleza,

como los chaperos que le presentó a Wilde Alfred Taylor. Con un perfil perfecto sólo queda vivir. Esto es, la vida verdadera —la que merece vivirse— es la de la Belleza, la del exceso, nunca la de la burguesía. Como se percibe, todo lo que subyace en el frívolo arte paradójico de Wilde son ideas disolventes, malas, según sentencia de la época.

Cuando Wilde está siendo juzgado y (en el segundo juicio) el acusador ya no es él sino el tosco padre de Bosie, el marqués de Queensberry que había hecho seguir a Oscar para ver con quién trataba, sale al estrado un joven feo. El fiscal le pregunta si conoce a ese chico y si ha estado con él y Wilde —como a menudo hizo en el juicio— se deja arrastrar por el brillo de las respuestas, aunque puedan perjudicarlo, así es que en el caso referido responde: “¿Yo, con ese tan feo?... No, señoría”. La sala ríe el ingenio, pero la contestación juega en su contra. El ingenio no es normal. La brillantez se sale de la norma. “Uno debiera ser siempre un tanto improbable”. Es decir, no hagas nunca lo que esperan de ti, ve por el camino solitario, no por el que sigue la multitud. Eso es dandismo, pero también clasicismo de la mejor ley, porque está en el gran Horacio: “Multitudo non est sequenda”: No se debe seguir a la multitud. Cuando Wilde joven (en 1882) hizo su *tournee* de conferencias por Estados Unidos —para él “Yanquilandia”— hablando de estética y vestido con calzón corto de terciopelo, zapatos de charol con hebilla de plata y melena, lo que llamaba “el traje estético”, se enteró que en una de las ciudades de la gira, aquella gente que no lo entendía, se había vestido aquella noche más o menos como él, y le esperaban. Era muy fácil: Wilde entró al teatro con vulgar levita y corbata o plastrón. Es decir, se vistió como vestían de veras ellos y los dejó en ridículo.

Ser improbable es ser inesperado, es hacer lo que te dicta el corazón o las ganas de epatar, pero nunca la costumbre,

lo consuetudinario. Aunque el simbolismo finisecular, desde Gautier y Baudelaire en Francia, se decantaba por lo extravagante, por lo insólito, eso le quedaba bien a un bohemio o a un maldito más o menos dispuesto a ejercer de tal, pero Oscar Wilde (sobre todo después de 1890) tuvo un éxito enorme, un exagerado éxito de multitud. Vivir a la contra en esas condiciones y circunstancias no podía ser cómodo. Wilde optó por la doble vida y hasta se rió del chantaje cuando quisieron hacérselo con una carta de amor comprometida. Ahí surge el tema del matrimonio de Oscar y el saber si de verdad quiso a esa mujer bella, alicorta y desdichada que fue, a la postre, Constance Mary Lloyd, con la que se casó en 1884 cuando (por muy poco tiempo) aspiró a una vida y un hogar más o menos normales. Constance hizo cuanto pudo por estar a su altura, pero no supo. Le dio dos hijos varones, muy lindos de niños. Sabemos que Wilde los amó de veras a los tres (a los niños les contaba cuentos muchas noches) pero ninguno podía desviarlo de su verdadera vocación intelectual: ser él mismo a cualquier precio. Hacerse arte. Como parte de Dorian Gray. Como cuando Lord Henry le dice a Dorian: “La vida ha sido tu arte. Tú te has puesto a ti mismo en música. Tus días son tus sonetos”. El artista además debe hacer arte de verdad, arte tangible o legible. Pero siempre será verdad, para él también, que “tus días son tus sonetos” y Oscar lo cumplió muy a menudo. No se entendieron. Cuando Oscar fue a la cárcel por “sodomita”, Constance cambió el apellido de los niños por otro de su rama: Pasaron del infamante “Wilde” a “Holland”. Y todavía el nieto ya mayor de Wilde (sin duda por no parecer que pretende recoger laureles que no son suyos) se sigue llamando Holland. Al salir de la prisión Constance —delicada de salud— no quiso verlo, pero le ofreció una humilde pensión monetaria. No debía intentar ver a sus hijos (no los volvió a ver) ni reencontrarse con

el manirroto Douglas y la vida disipada de antes. Wilde no cumplió las cláusulas finales, no podía cumplirlas, eran su vida terrible y bella. Y Constance —buena burguesa— le retiró el mínimo estipendio. No se reencontraron. Además hubiera sido inútil. Como firmarse “Sebastian Melmoth” —nombre lleno de significados— fue también inútil para Oscar. Había escrito (en recuerdo acaso de los prerrafaelitas) “La industria es la raíz de toda fealdad”. ¿Y no son el matrimonio y la familia patriarcal —o han terminado por serlo— una suerte de industria para la burguesía, tan común como las industrias de chimeneas polucionantes, tan clásicas de la Inglaterra industrial que vivió Wilde y donde Marx había entrevisto el inicio de su revolución? Wilde adoró la Grecia real e ideal (quizá mejor la Grecia helenística) exaltada desde Winckelmann por la filología y los estudios de arte alemanes. Lo dijo con un pequeño disimulo: “El vestido griego, en su esencia, es poco artístico. Sólo el cuerpo revela al cuerpo”. Juventud y desnudez, como en Olimpia. ¿Qué más revolución se podía pedir? Rimbaud escribió que había que reinventar el amor. Wilde lo reinventó desde una tradición prohibida.

“La opinión pública sólo existe donde no hay ideas”. Es una paradoja y de nuevo también una verdad. ¿A qué suele llamarse “opinión pública”? Al conjunto de ideas o convenciones que, en una época, admite o acepta la mayoría. Ideas generales que nunca son las mejores ideas, más particulares. Acaso lo que parecen pensar muchos no lo piensa nadie. El lugar común viene a ser la anti-idea. Wilde vuelve a tornarse pro-individualista para pensar con cabeza propia. Lo gregario no es necesariamente lo mejor, en absoluto. “La amistad es mucho más trágica que el amor, dura más”. En este juego aparente sale (anticipadamente) el Wilde que más sufrió. Hace una leve burla de la amistad —a la que tuvo en alta estima toda su vida, murió dependiendo

de sus amigos, arruinado— sin saber que, cuando lo condenaran por homosexual practicante, muchos le darían la espalda —como suele acontecer en esos casos bajo la hipócrita mira social— y sólo unos pocos, los mejores en algún sentido, permanecieron fieles. Del amor Wilde quizá no sabía mucho, como herido más por el Eros del deseo y la belleza que por el ágape que construye, Robert Ross fue su primer amante, pero Wilde no era fiel. Ross, sí. Por eso el amor dejó paso a una amistad muy honda, íntima y duradera, y Ross no sólo terminó siendo uno de esos amigos verdaderamente duraderos de Oscar sino que terminó como su albacea testamentario y su heredero, hasta que esa herencia pudo pasar a manos de los hijos de Wilde (de Vivyan, sobre todo, ya que el mayor, Cyril, murió en la Primera Guerra mundial). Fue cosa de Ross el que el *De profundis* al completo sólo se conociera en 1962 —cuando se publicó la primera y gran edición de su correspondencia, a cargo de Rupert Hart-Davies— precisamente por el excesivo temor del amigo a la vida libre de Wilde y a su relación con Lord Alfred Douglas, que él nunca aprobó. Pero Lord Alfred era como el modelo de Dorian que se le ofrecía a Wilde un año después de la novela. Bosie (como se le llamaba familiarmente) era un joven de gran belleza, aristócrata y derrochador, pero también con pinitos de poeta, que no eran nada desdeñables al inicio. Wilde cayó rendido y cuando se fue dando cuenta del daño que el joven podía hacerle —incluida su linajuda familia, con la que se llevaba mal— era demasiado tarde. Wilde deseaba huir de Bosie pero no podía, y al final fueron una mezcla extraña de amigos-amantes que buscaban chicos juntos, en Argelia por ejemplo. Eso es lo que pretendió evitar Ross, aparte de que Lord Alfred que muy al principio del desastre estuvo a favor de Oscar, con los años y sobre todo tras la muerte de Wilde y su propio matrimonio —que le llevó a la doble

vida— negó en libros, que hoy son sólo curiosidades, toda relación afectiva o sexual con Wilde. Amigos o cercanos como André Gide salieron en defensa de Wilde, porque habían visto, muy de cerca, cómo había sido la relación con Lord Alfred. No, el amor no era el fuerte de Oscar — el amor de la pareja— porque estaba demasiado fascinado por la Belleza que es una pero en plurales manifestaciones. De algún modo está dicho en otra frase de esa colección de brillantes paradojas: “El Arte es lo único serio en el mundo. Y el artista, el único que no es serio nunca”. Parece casi un retrato perfecto del Wilde más joven, y siempre del hombre brillante, espléndido conversador que siempre vivió en él, incluso después de la caída. Decir que el arte de Wilde vive de la paradoja es situar su capa más fulgente, pero no se puede olvidar su arte simbolista (como en el drama *Salomé*), su fuerte pasión neopagana, que venía de su amor y conocimiento de la Grecia antigua, su facilidad para llevar casi hasta el absurdo el mundo elegante de la comedia de salón, siguiendo en Inglaterra la dirección de Sheridan. Wilde es un compendio de la mejor literatura de la época, siempre impregnada de decadencia —una petición futura del reino del Andrógino— que Wilde sintió en su propia vida, entre la tragedia y su catarsis. Por lo demás, después de este retrato basado en los aforismos —y no será malo repetir que buena parte de la literatura wildeana sobreabunda en ellos— conviene referir de dónde vienen los que ahora se le ofrecen al lector con el título (aprobado por Wilde) de *Oscariana*. Como dijimos Wilde publicó en vida dos expresas colecciones aforísticas o paradojales, la primera anónima apareció (septiembre de 1894) en la *Saturday Review* que dirigía Frank Harris. *Algunas máximas...* fue muy pronto atribuida a Oscar y él no lo negó. La segunda — *Frases y filosofías...* — ya dijimos que salió en otra revista, en Oxford, y en noviembre del mismo año, 1894. Esas máximas

(y las que siembran su obra) tenían tanto éxito, que el editor y librero Arthur L. Humphreys se decidió a pedirle a Oscar un tomito, en ese mismo 1894. Nuestro perezoso Oscar —en esa época muy dedicado al teatro y a los vaivenes de su doble vida— halló la solución y la manera de darle una satisfacción a su ya un tanto desdichada esposa, diciéndole a Humphreys que ese tomito lo seleccionaría Constance. En él iban las dos colecciones aludidas más lo que ella entresacó de la obra de su marido. Wilde lo vio y aprobó el título de *Oscariana*. Salió en enero de 1895, pero sólo cincuenta ejemplares, en edición no venal. En mayo estaba preparada la tirada más amplia y comercial, pero su salida iba a coincidir con el escándalo del arresto y los juicios de Oscar, que tanto daño le hicieron. De manera que por temor (y acaso por la desolación de la propia Constance) el buen proyecto se frenó y los ejemplares quedaron guardados en un almacén de donde —y un tanto por azar— no salieron hasta 1910. Ni Constance ni Wilde (ya fallecidos) pudieron explicar qué fue y cómo surgió la verdadera *Oscariana*, que los amigos contaron. Estamos pues ante la más genuina colección de aforismos wildeanos, entre las muchas que se han hecho. Baste decir (creo haberlo probado) que el mejor Wilde, el dandi rebelde, está enteramente en ella. Y terminemos con Borges, gran admirador de Wilde y tan distinto: “Mucho se han elogiado las paradojas de Wilde; nadie ha dicho que lo verdaderamente estremecedor de las mismas es que son, sencillamente, verdad”. Es muy cierto.

Luis Antonio de Villena
Madrid, febrero de 2014.